

PRÓLOGO DEL LIBRO “NUEVO PAÍS MUSICAL”

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

La pasión sin desmayo

Hay en el talento una fuerza que asombra. Que nos deja perplejos. Cuando descubrimos a nuestro alrededor que alguien, especialmente si tiene corta edad, da muestras de una especial vocación creativa, nos cargamos de entusiasmo y curiosidad. Reconocer que hay personas particularmente dotadas para un arte o disciplina, tiene un indiscutible atractivo.

Sostienen los historiadores que fue a finales del siglo XVII cuando se configuró en Europa la idea que asocia la genialidad al talento musical precoz. Cuando ese fenómeno llamado Wolfgang Amadeus Mozart irrumpió en Salzburgo en el año de 1762, con sus fluidas y casi virtuosas ejecuciones del violín o el teclado, con apenas seis años de edad, fueron muchos los que concluyeron que la música era un don, una gracia que Dios o la naturaleza concedían a unos excepcionales afortunados.

La experiencia nos ha enseñado que tener una disposición innata para las matemáticas, para hacer buen uso de las palabras, para la práctica deportiva o para hacer música, es apenas uno de los elementos que se necesitan para practicarlas de modo sostenido. La facilidad natural o la vocación para la música es, en lo primordial, no más que un punto de partida. Materia prima que debe ser procesada a lo largo del tiempo, que necesita cultivo, muchas horas de práctica y maestros que la guíen.

Si algo tienen en común los testimonios de los músicos destacados de toda especialidad, de toda geografía y de toda generación, es que el buen hacer musical es fruto del trabajo. Y de un trabajo que tiene una característica muy demandante, que es el trabajo riguroso y sostenido. Quien se convierte en un músico destacado, quien recibe el privilegio de un aplauso, recibe una merecida recompensa a su persistencia. En el universo de los músicos no hay billetes de lotería, musas o rachas de buena suerte. Solo quien trabaja duro, día a día y año tras año, destaca y alcanza a ir más lejos con su arte.

Nuevo país musical es un libro que puede leerse de muchas maneras. En un primer plano, es la aproximación hecha desde el periodismo, a las experiencias

de veinticuatro músicos, entre intérpretes, instrumentistas, solistas, cantantes, compositores o directores de coros. De forma individual o en conjunto, son representativos del cada vez más numeroso y diverso movimiento musical venezolano, que ya goza de aprecio y admiración en el planeta entero.

A medida que uno recorre los reportajes que este libro contiene, se hace evidente que hay un hilo común en las palabras de todos los testimonios: la pasión sin desmayo, la amorosa entrega al trabajo creador que es la naturaleza activa e irrenunciable del músico, una relación personal y sagrada de cada artista con la música.

Pero hay algo más que, en lo personal, me ha parecido admirable y conmovedor: y es que cada una de estas historias es, de forma inequívoca, consecuencia del tesón, de la recurrencia en el ensayo, de la constancia que logra vencer las dificultades que son inherentes para todo aquel que escoge el camino de la música. Los reportajes hablan de personas que eligieron una profesión creativa, con los riesgos y gratificaciones que ello implica. En ese sentido, no solo son artistas, sino también ciudadanos que escogieron un modo de vivir.

Uso aquí la palabra ciudadanía, porque estos artistas dedicados a la música llevan vidas de incesante intercambio con quienes les rodean: con sus maestros y colegas; con el público que les sigue; con los compositores a los que interpretan; con los grupos con los que comparten la escena. Por fortuna, no van solos por el mundo: en la mayoría de los casos, les acompañan sus familias. Y es un hecho que bien podría llamar la atención del lector de estas páginas: las familias de los músicos venezolanos como instituciones de estímulo, apoyo real y compromiso con las exigencias que se derivan de la profesión musical. Aunque todos conocemos historias de artistas que lo han sido en contra de las expectativas de sus respectivas familias, aquí se testifica lo contrario: artistas que han crecido y cumplido sus metas en alianza con sus padres y hermanos, con la solidaridad activa de sus seres queridos.

La lectura de Nuevo país musical tiene una propiedad: reconforta el ánimo. Muestra que hay un vínculo indisoluble entre trabajo y logro, constancia y metas. Es a destacar que a esa antigua y necesaria idea, de que no hay empresa humana que resulte vana, está dirigida la buena voluntad de este libro.